

EXISTIMOS EN VIDA REAL, ¡NO SOLO EN PAPEL!

REFLEXIONES SOBRE LA XVI CONFERENCIA SOBRE LA MUJER EN
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

PUBLICADO EN 2025



CRÉDITOS

Coautoras:

Laura Valenciano (Costa Rica), Oriana López Uribe (México), Sapphire Alexander (Trinidad y Tobago), Sara Martínez Cabello (México), Priscilla Purtschert (Ecuador)

Organizaciones colaboradoras:

Asociación Ciudadana ACCEDER (Costa Rica), Caribbean Feminist (Trinidad y Tobago), Hilar Talentos para Cosechar Derechos (México), Realizing Sexual and Reproductive Justice Alliance (transnacional) y Taller de Comunicación Mujer (Ecuador)

Agradecemos a todas las participantes de la *Comunidad Feminista de Cuidado (FemCom)*, a las integrantes de RESURJ y a su secretariado.

INTRODUCCIÓN

Del 12 al 15 de agosto de 2025, integrantes y aliadas de RESURJ se reunieron en México para participar en la XVI Conferencia Regional sobre la Mujer en América Latina y el Caribe. Este encuentro regional tuvo como objetivo discutir las transformaciones políticas, económicas, sociales, culturales y ambientales como medios para avanzar hacia sociedades del cuidado y la igualdad de género.

Este espacio, como muchos otros foros multilaterales de la ONU, se vio plagado de prácticas excluyentes, demostró la clara reducción del espacio cívico y fomenta diálogos desconectados de las realidades vividas por las comunidades que las y los ponentes decían representar. Debido a estas lógicas, quisimos reflexionar sobre el papel de la sociedad civil en estos espacios y sobre la urgente necesidad de repensar sus resultados. No basta con cambiarle el nombre a la Conferencia¹ para que sea más inclusiva: si aspiramos a crear un futuro feminista basado en la justicia, la equidad y el cuidado, debemos reformar nuestros procesos multilaterales y transformar la forma misma en que concebimos este tipo de encuentros.

En esta reflexión, RESURJitas y aliadas analizamos críticamente los desafíos vividos durante la XVI Conferencia Regional sobre la Mujer, proponemos caminos colectivos para avanzar y nombramos algunos de los obstáculos que percibimos, para invitarnos a cuestionar cómo podemos seguir aprendiendo y desafiando la manera en que las feministas nos ocupamos estos espacios multilaterales.

¹ Durante el cierre de la Conferencia, se anunció que a partir de 2028, la Conferencia pasará a llamarse Conferencia Regional sobre las Mujeres de América Latina y el Caribe, para ser más incluyente y reflejar la diversidad de vivencias de las mujeres.

SOBRE EL DESAFÍO DE PARTICIPAR EN UN ESPACIO CÍVICO REDUCIDO

Sara Martínez Cabello y Oriana López Uribe, México

Ante barreras constantes y crecientes, como feministas, nos resulta cada vez más difícil participar de manera significativa en los espacios multilaterales. Aunque pudiera parecer una casualidad no intencional, resultado de diversos factores, nuestra participación se vuelve cada vez más complicada debido a barreras deliberadamente impuestas por gobiernos y por las propias instituciones que deberían garantizar que el espacio multilateral sea abierto, transparente, democrático y con participación de actores diversos. Este año, la Conferencia Regional sobre la Mujer en América Latina y el Caribe no fue la excepción.

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), ONU Mujeres y el Gobierno de México justificaron su decisión de realizar el evento en el sitio histórico de Tlatelolco como un gesto simbólico, al ser el mismo lugar donde se celebró la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer hace 50 años. El resultado: un número muy limitado de acreditaciones para la sociedad civil, múltiples sedes porque el espacio era demasiado pequeño, y un movimiento feminista disperso y sin lugar para articularse. Esto no fue un problema logístico; fue una táctica deliberada para reducir el espacio cívico, literal y retóricamente. No solo se limitaron nuestras cifras, sino que además se generaron agendas caóticas, reuniones traslapadas y, en última instancia, una sociedad civil menos unida, con menos espacios para reunirse y planear, y —lo más importante— con menos ojos observando las negociaciones que ocurrían al otro lado de la calle.

Las barreras logísticas han sido, por mucho tiempo, tácticas para reducir nuestra participación. Así, las instituciones contribuyen a excluir a la sociedad civil de la toma de decisiones, mientras lo disimulan y nos sonríen, llamándonos “socias” y “aliadas”, aun cuando hacen todo lo posible por mantenernos a pocas y con influencia mínima, contradiciendo los principios básicos de la democracia: participación amplia, diversa y transparente.

Un espacio cívico sano y robusto es crucial para la democracia. La participación significativa de la sociedad civil en los procesos de toma de decisiones, el acceso a la información para la rendición de cuentas y la vigilancia fortalecen la efectividad de las políticas públicas y generan apropiación comunitaria, lo cual permite construir y mantener confianza. Los modelos de gobernanza abierta vuelven a las democracias transformadoras, porque las políticas no dependen de gobiernos temporales o de funcionariado de paso, sino que permiten implementar estrategias de largo plazo que aborden las desigualdades estructurales y generen transformaciones sociales profundas.

Cuando el espacio cívico se reduce, las élites actúan y deciden desde su visión limitada y sus propios intereses. Por supuesto, “mágicamente” conservarán el poder, dejando atrás a las minorías y grupos vulnerables. Esta es una táctica calculada cuyo objetivo es perpetuar el *status quo*, reforzando los sistemas de opresión y profundizando las desigualdades e injusticias en todos los frentes.

Cansarnos es parte de la estrategia de las élites multilaterales. Hacer que nuestra participación penda de un hilo, fomentar la competencia entre nosotras y distraernos de lo realmente importante —la defensa de los derechos humanos y la exigencia de compromisos sustantivos— son actos deliberados.

Estamos tan acostumbradas a esta carrera de obstáculos que hemos aprendido a navegarla; mientras que las élites solo siguen agregando trampas. Debemos dejar de hacer como si nada. Debemos hablar, interrumpir y desafiar. El espacio cívico seguirá reduciéndose bajo excusas de seguridad, logística o economía. No debemos caer en esos argumentos. Sabemos que cuando el espacio cívico se reduce, el poder se concentra.

Como feministas debemos entender que hacernos competir por migajas es una táctica para que nos sintamos agradecidas solo por ser admitidas y nos conformemos con concesiones mínimas.

Tenemos que romper ese patrón: exigir el pastel completo. Debemos organizarnos, alzar la voz y ser más valientes para abrir más espacios para todas.



SOBRE EL DESAFÍO DE VOLVERSE VISIBLE Y SUPERAR LA EXCLUSIÓN

Sapphire Alexander, Trinidad y Tobago

A pesar de que la participación caribeña fue notable en número, las voces del Caribe fueron escasas en la XVI Conferencia Regional sobre la Mujer en América Latina.

Las realidades del Caribe no solo estuvieron ausentes del debate general, sino que los datos de los países caribeños fueron significativamente más limitados en el relanzamiento del Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe, en comparación con los de América Latina.

Como señaló la ecofeminista caribeña Ayesha Constable, la falta de datos integrales y desagregados por género invisibiliza los desafíos específicos que enfrentan las feministas del Caribe. Esto crea un escenario donde la desigualdad queda oculta, dando la falsa impresión de que hemos alcanzado la igualdad de género, cuando la realidad está muy lejos de estar allí.

Existe una suposición errónea —y común— de que los contextos sociopolíticos de América Latina y el Caribe son similares. Esta idea, arraigada en el colonialismo, ignora las diferencias geográficas, históricas, culturales y lingüísticas que definen ambas regiones. La confusión persiste en los espacios multilaterales, donde el Caribe sigue siendo marginado del discurso general.

La escasez de feministas caribeñas en estos espacios hace que las activistas presentes deban representar no solo a sus países, sino a toda la región, lo que termina centralizando las voces y generando tokenismo hacia las pocas que logran llegar.

Aunque fuimos pocas, las representantes caribeñas compartieron mensajes poderosos en torno al tema del cuidado. Académicas como Rhoda Reddock denunciaron la pérdida de sistemas de cuidado respaldados por el Estado y el desproporcionado peso que recae sobre la sociedad civil para proveerlos, a pesar de los recortes fiscales. Representantes gubernamentales discutieron la necesidad de transformar las normas sociales relacionadas con el cuidado y la división equitativa de las tareas de cuidado. Otro tema central fue el cambio climático y su financiamiento, destacando la conexión entre el cuidado de las personas y el del planeta.

A medida que ampliamos la conversación sobre el cuidado —qué significa construir sociedades, economías y comunidades cuidadoras— debemos preguntarnos: ¿quién cuida a las feministas caribeñas? Solo desde ese análisis podremos poner fin a las dinámicas de exclusión, tokenismo e invisibilización que vemos con demasiada frecuencia en estos espacios multilaterales.

SOBRE LOS DESAFÍOS DE ORGANIZARSE MÁS ALLÁ (Y A PESAR DE) DE LOS FOROS MULTILATERALES

Laura Valenciano, Costa Rica

Reducir la organización feminista a espacios validados únicamente por estructuras institucionales —como las oficinas regionales de Naciones Unidas— implica el riesgo de disminuir la relevancia y vitalidad de los movimientos de base, que con frecuencia son los verdaderos motores del cambio. Cuando la legitimidad en nuestro movimiento se mide únicamente por el acceso a estos foros formales, las colectivas y grupos locales marginados y con pocos recursos se quedan luchando contra barreras que nunca debieron enfrentar aislados.

La Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe no es la excepción: debemos asegurar que este espacio no se convierta en una negociación decidida antes de nuestra llegada y ejecutada a puerta cerrada una vez que estamos en la misma ciudad. Este último evento lo dejó más que claro: una vez más, fuimos excluidas de la mayoría de las delegaciones y reducidas a leer nuestra declaración en una sala donde quienes más necesitaban escucharla tenían la posibilidad de no hacerlo.

Esta dinámica no solo deja de lado voces esenciales, sino que también debilita la fuerza colectiva de las luchas feministas.

Por ello, es nuestra responsabilidad usar el poder y el privilegio que tengamos para abrir puertas a otras, ofrecer puentes en lugar de cerrarlos, movilizarnos de maneras que incluyan en lugar de excluir, y pensar en dinámicas que fomenten mayor inclusión, pensamiento crítico más radical y menos gestos protocolares que solo legitiman a las élites y replican sus métodos.

Quizás el cambio deba empezar dentro de nosotras mismas: poner verdadero valor, energía y recursos en nuestros propios movimientos. Este es un llamado a reflexionar sobre cómo, como feministas, nos presentamos en los espacios de incidencia —especialmente los regionales—, donde solemos estar más cerca de los contextos, las personas y los movimientos que necesitan ser escuchados.

SOBRE EL DESAFÍO DE CONECTAR EL MULTILATERALISMO A LAS REALIDADES DEL TERRITORIO

Priscilla Purtschert, Ecuador

Participar en la conferencia regional fue, en muchos sentidos, un privilegio. Viajar, enfrentar los retos administrativos y logísticos, apartar varios días de nuestras actividades cotidianas — todo eso tiene un costo—. Solo unas pocas logramos llegar, y eso ya define el tipo de conversación que podemos tener en el espacio. Aun así, este privilegio no garantiza que nuestras voces sean escuchadas ni tomadas en cuenta.

Sentada en la sala de conferencias, escuchando hermosos párrafos sobre cuidado, cambio y equidad, no podía evitar sentir desconexión. Gran parte de lo que se decía parecía existir sólo en el papel: abstracto, distante de las realidades de nuestros territorios. Eran Ideas que tardan años —si acaso— en materializarse.

Mientras tanto, el abismo entre esas palabras y las realidades que conocemos es enorme. La estructura misma del espacio suele ser excluyente: desde las barreras lingüísticas que aíslan a quienes no hablan español, hasta la falta de claridad sobre cómo participar o llevar

demandas concretas desde nuestras comunidades, todo hace difícil saber dónde y cómo involucrarse de manera significativa.

El hecho de que las principales decisiones sobre los resultados ya se hayan tomado antes incluso de ingresar al espacio hace que todo parezca performativo, casi ensayado. Persiste una sensación de ansiedad: ¿las personas más cercanas a los desafíos están siendo escuchadas y apoyadas de modo que puedan influir realmente en las decisiones? ¿Qué pasa cuando regresamos a casa?

¿Estas discusiones se traducirán en algo tangible para las comunidades con las que trabajamos? ¿O será solo otra lista de recomendaciones que no llega a nuestros territorios?

Si estos espacios han de tener relevancia, deben ser reimaginados pensando en quienes están ausentes. No solo debemos ser invitadas, sino centradas. No solo deben escucharnos, sino respondernos.

¿Y AHORA QUÉ?



Tras la Conferencia, parece que tenemos más motivos para reflexionar que para celebrar. Si solo observamos el documento final, podríamos celebrar el *Compromiso de Tlatelolco* como una declaración política progresista, con un lenguaje sólido sobre economías del cuidado, acceso a la salud, educación y justicia, y el reconocimiento de los impactos de género del cambio climático —todo ello, además, en un contexto donde los valores conservadores ganan terreno en nuestra región—. Pero el texto carece de compromisos concretos, indicadores y una ruta clara para alcanzar la llamada *Sociedad del Cuidado*.

No podemos quedarnos en las narrativas; nuestras comunidades necesitan acción. Nuestras comunidades merecen más que palabras que nunca se convierten en realidades.

Como feministas, no debemos conformarnos con demostraciones vacías de voluntad política. Por eso, es más relevante que nunca estar en estos espacios —no para sostener discursos huecos, sino para cuestionar su lógica, su carácter performativo, exigir más espacio para todas y presionar a los gobiernos, instituciones multilaterales y a nosotras mismas a pensar más allá de las palabras y fuera del edificio. Debemos seguir presentes para impulsar cambios reales y medibles.

El *Compromiso de Tlatelolco* aporta poco a lo que ya teníamos con el *Compromiso de Buenos Aires*; fue una repetición costosa y vacía, centrada únicamente en el protocolo. América Latina y el Caribe necesitan inversión financiera y una hoja de ruta clara para acciones concretas. ¿Nos ofrecerá Colombia eso en la próxima Conferencia Regional sobre las Mujeres? Exijamos rendición de cuentas y empecemos a trabajar en ello desde ahora.